

ESTELAS CERAMICAS EPIGRAFIADAS EN LA
ALCAZABA DE MALAGA

La diversidad de motivos con que los musulmanes de al-Andalus acostumbraban a señalar las sepulturas de sus cementerios es suficientemente conocida, al menos en sus rasgos más característicos (1), pudiéndose hoy, de acuerdo con los hallazgos conservados, establecer la preponderancia de un tipo u otro para diversas regiones de la Península; así, corresponden a Almería las *mqābrīyas* y grandes estelas marmóreas, los cipos a Toledo, etc., mientras que en Málaga proliferarían las pequeñas estelas cerámicas llamadas «de orejas» por los apéndices que las caracterizan.

En efecto, por una sola *mqābrīya* que se conserva (2), son seis las estelas cerámicas de este tipo las que han llegado hasta nosotros cuyo origen malacitano es incontrovertible (3), cerrándose con ellas el inventario de monumentos funerarios de la capital (4).

El presente trabajo trata de las dos estelas epigrafiadas, ambas incompletas, y que se exhiben en el museo de la Alcazaba de Málaga, restauradas por el Sr. Molina. La primera de ellas (I-1), vidriada en verde claro, está formada por un disco de 165 mm., de diámetro, con la particularidad de que en vez de dos, son cuatro los apéndices, de 31 mm., de diámetro por término medio; los dos inferiores unidos al cuerpo rectangular, también de 165 mm., de ancho, y un grueso de 25 mm., para toda la pieza.

La decoración, en relieve, presenta en la parte discoidal un anillo que encierra un lazo formado por tres palmetas dobles que generan, al cruzarse, dos estrellas de seis puntas, estando la más extensa de las dos rodeada por otra estrella, cuyos salientes, al coincidir con los entrantes de las palmetas y contar éstas, a su vez, con tres picos en cada extremo, dan como resultado una estrella de veinticuatro puntas. El cuerpo inferior estaría formado, al menos, por dos cartelas, de 70 mm. de altura la superior, por lo que es de suponer que el alto total de la estela sería mayor que el ofrecido por la restauración actual, ya que a las dos cartelas habría que adicionarle la parte inferior del ladrillo, sin vidriar, que se destinaba a clavarse en la tierra. Las cartelas tienen restos de una inscripción en letra

(1) La mejor descripción de los diferentes tipos sigue siendo la de L. Torres Balbás, *Cementerios hispanomusulmanes*, «Al-Andalus» XXII (1957) p. 139-158.

(2) M. Ocaña Jiménez, *Una «mqābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C.* «Al-Andalus» XI (1946), p. 224-230, e *idem*, *Nuevos datos sobre la «mqābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C.*, en *idem*, p. 445-446.

(3) Una se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional y fue publicada por vez primera por J. Ferrandis Torres, *Estelas cerámicas*, «Al-Andalus» III (1935), p. 179-180, lám. XVI. Las cinco restantes se encuentran en el Museo de la Alcazaba de Málaga, de dos de las cuales hizo detallada descripción J. Temboury Alvarez, *Los descubrimientos de Gibralfaro*, «Archivo Español de Arte y Arqueología», n.º 25 (enero-abril, 1933), p. 53-54. Otra es muy semejante a la aludida del Museo Arqueológico Nacional, siendo de las dos restantes, las únicas epigrafiadas, de las que se ocupa este trabajo.

(4) En la Alcazaba de esta capital existe una gran estela anepígrafa de piedra arenisca gris cuyo origen es desconocido; en Ronda se han encontrado hasta 14 estelas, a las que se ha aludido en una obra reciente, M. Riu, *Apéndice. La arqueología medieval en España*, a M. de Boüard, *Manual de arqueología medieval. De la prospección a la historia*, Barcelona, 1977, p. 437-438. De estas rondañas pensamos que dos puedan ser judías; cfr. M. Acien Almansa, *Ronda y su Serranía en tiempo de los Reyes Católicos* (en prensa).

cursiva, cuya lectura es bastante dudosa, siendo la única probable la del primer renglón de la parte superior, como *مُرِيَ* (*murió*), mientras que en el segundo renglón de la cartela se lee tan sólo un *wāw* o un *fā'* o *qāf* final, y un *kāf* o *dāl*. En la cartela inferior solamente se observan algunos trazos de las letras altas.

De la otra estela (I-2) únicamente se conserva el cuerpo discoidal, de 140 mm. de diámetro por 45 de grosor, llevando por toda decoración una inscripción en azul de cobalto sobre el engobe blanco, quedando pocos restos de un círculo paralelo al borde exterior que la encerraba. En la inscripción, con letra magribí, altura de la caja del renglón 9 mm., se puede leer lo siguiente:

... *murió al- 'Azīz(?)*... *el Grande, excelso de... en muharram el abridor (5) del año setecientos setenta y uno (= 5 agosto a 3 septiembre de 1367), con la bendición de Dios...*

Las tumbas que se adornaban con las estelas anteriores estaban delimitadas por una serie de ladrillos, vidriados en su parte superior, que, como las estelas, se introducían en el suelo. Estos ladrillos son conocidos desde muy antiguo, pues Guillén Robles nos dice que ya Carter pudo adquirir varios de ellos durante su estancia en Málaga; en la época del erudito malagueño también existían, pero no pudo leer sus inscripciones (6). De ellos se conservan seis en la Alcazaba malacitana, con idénticas medidas de 290 × 140 × 50 mm., en los que se conservan completos. Algunos poseen mortajas para encajar entre ellos en las esquinas, y no como pensaba Temboury, para recibir a las estelas (7), pues no se explicaría entonces la porción rectangular sin vidriar.

La parte superior vidriada, fondo blanco con decoración azul, alcanza una altura que oscila entre 65 y 70 mm., y la faja epigrafiada varía entre 35, 40 y 50 mm., siendo en este detalle donde se encuentran sus principales rasgos divergentes, juntamente con la decoración del canto superior que quedaba visto, en zig-zag todos ellos, salvo uno (II-3), ornado con atauriques.

Las inscripciones se reducen a las fórmulas *العافية* (*felicidad*) en cuatro de ellos, con letra derivada de la cúfica o magribí, en avanzado estado de evolución (8), y repetida a lo largo de las dos caras, mientras que en los dos restantes la que se encuentra, en letra *nashī'*, es *اليمن الدائم العز القائم* (*la felicidad duradera, la gloria eterna*) (II-4).

(5) *Ḥātib* es una expresión que suele acompañar al nombre de ese mes, por ser el primero del año musulmán.

(6) F. Guillén Robles, *Málaga musulmana*, 2.ª ed. Málaga, 1957, p. 336.

(7) J. Temboury Alvarez, *op. cit.*, p. 54.

(8) Cf. G. J. de Osmá, *Los letreros ornamentales en la cerámica morisca del siglo XV*, «Cultura española» (1906-II), p. 473-483.

Las piezas presentadas merecen un comentario. En primer lugar, las estelas proceden de la Alcazabilla, donde se encontró en 1946 (I-1) y de las obras de allanamiento del parque (I-2), donde no hay ningún cementerio musulmán constatado, a diferencia de las excavadas por Temboury, que lo fueron en el de Gibralfaro. Así mismo, los ladrillos proceden de las citadas obras, de Gibralfaro y de la zona de la Alcazaba conocida como «la mezquita», pero sin que sepamos a dónde corresponde cada uno (9).

La estela primera es única en su género; no sabemos qué ladrillos la acompañaban, y su datación es muy incierta. Por el contrario, la segunda, al tener la fecha expresa, nos permitirá un excursio sobre la cronología de estos enterramientos. Su conciso texto es intermedio entre las que poseen una larga invocación, como la de Huelva (10), y la granadina del Instituto de Valencia de Don Juan de Madrid, que al igual que los ladrillos, repite tan sólo la expresión *al-úfiya* (11).

Característica común a todas las estelas malagueñas, con la excepción de la conservada en el Museo de la Alcazaba de Málaga, que decimos semejante en su decoración a la del Museo Arqueológico Nacional, es su forma discoidal, al igual que las que se conservan en la Alhambra de Granada, y frente a la mayoría de las publicadas, de forma almendrada, enlazando, por tanto, aquellas con antiguas tradiciones funerarias (12).

La conjunción de todos estos elementos: forma, decoración y textos, nos puede ayudar a formular una cronología para este tipo de sepulturas, provisional sin duda, pero que pueda servir de punto de partida para el arqueólogo.

En primer lugar, no hay ningún obstáculo en fechar como del siglo XIV a estas discoidales decoradas, pues la similitud en tamaño así como las grandes semejanzas entre los ladrillos —alguno de los cuales posiblemente acompañara a la estela primera— lo permiten suponer. Las almendradas podrían datarse desde la segunda mitad de dicho siglo y a lo largo de todo el XV, pues la fecha de la de Huelva, 1409 (13), la evolución de los *atafias* de la depositada en el Instituto Valencia de Don Juan, así lo permiten también (14), siendo más dudosa la almendrada de la Alcazaba malagueña, aunque su vidriado dorado y azul no repugna esta cronología (15).

Mucho más problemáticas se presentan las pequeñas discoidales descubiertas por Temboury y las de la Alhambra granadina, todas ellas monocromas y sin decoración; pues si bien por su tipología, más sencilla, se pudiera pensar en fecha anterior, y sabemos que el cementerio de Gibralfaro se utilizaba ya en el siglo XI (16), es más lógico pensar en enterramientos más humildes que en evolución cronológica.

Pero lo dicho no impide que existieran estelas de este tipo anteriores al siglo XIV y, posiblemente incluso al XIII, como lo atestigua el ladrillo de «cuerda seca» que presentamos (II-5), de 100

(9) Excepto el II-1, que procede de la «mezquita».

(10) J. Ferrandis Torres, *op. cit.*, p. 180.

(11) La publicó por primera vez G. J. de Osma, *op. cit.*, lám. C.

(12) Se pueden ver las distintas teorías sobre ellas en E. Frankowski, *Estelas discoideas de la Peninsula Ibérica*, Madrid, 1920.

(13) J. Ferrandis Torres, *op. cit.*, p. 180.

(14) Preparamos un trabajo sobre la evolución de los epígrafes en la cerámica malagueña, de próxima publicación.

(15) Posiblemente acompañarían a estas estelas ladrillos del tipo de los conservados en la Alhambra, con reborde y decoración dorada en letra *nashī*.

(16) L. Torres Balbás, *op. cit.*, p. 187.

milímetros de ancho por una altura máxima de 110, grueso de 25 y faja vidriada de 55 mm., que representa en letra cúfica la expresión *al-ʿaḥya* sin evolucionar; ladrillo que, sin duda, pertenece a un enterramiento de este tipo (17).

Lo que no podemos aceptar de ningún modo es la preponderancia morisca que les atribuye José Ferrandis (18) a la vista de la fecha de la estela segunda y de los restantes hallazgos malagueños y granadinos, aunque no hay ningún inconveniente en aceptar a las levantinas almendas, de forma de mano, etc. (19), como de época morisca, señalando el final de la evolución.

Finalmente, no queremos dejar de señalar la posible existencia, también en la Alcazaba de Málaga, de una estela de este tipo pero labrada en mármol (II-6), con la característica de que la inscripción estaría pintada sobre la piedra con manganeso, encontrándose en la actualidad casi totalmente difuminada, siendo la única lectura posible la de una palabra *القبر* o *أصير*, pero el tipo y tamaño de la letra, muy semejante a la empleada en la segunda estela, así lo parecen indicar.

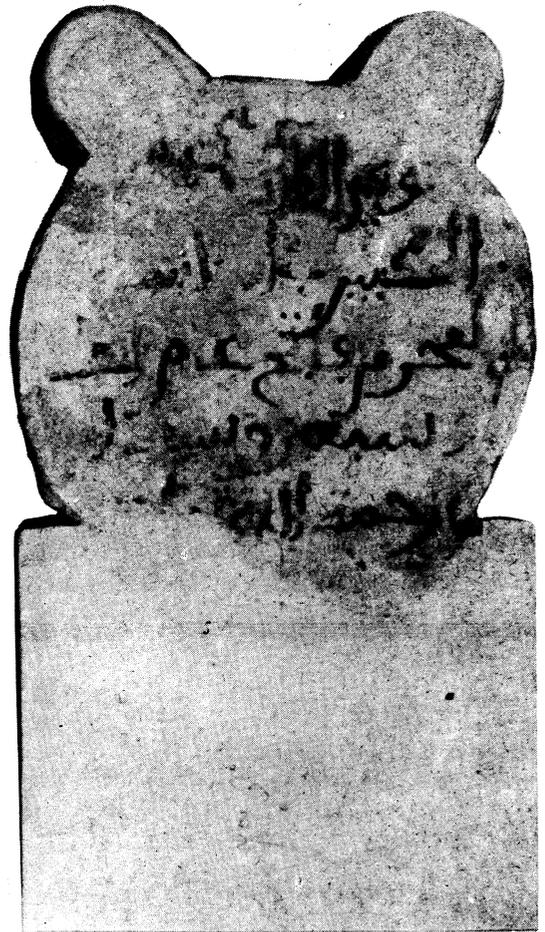
(17) El siglo XII es la época en que empiezan a rarefarse las grandes estelas marmóreas, pudiendo ser sustituidas por estas otras de cerámica.

(18) J. Ferrandis Torres, *op. cit.*, p. 180.

(19) Cf. M. González Martí, *Cerámica del levante español. Siglos medievales, t. II: Alicatados y azulejos*, Barcelona, 1952, p. 210, fig. 267.



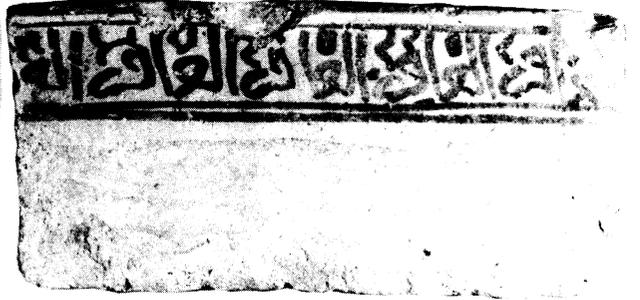
1



2



1



2



3



4



5



6

LAMINA II